

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD

...del continente de Enero. Con el
...deben morir las renillas
...los esposos amosos, las de-
...partientes, que al
...también la esparita
...la fusión.

La boda ficticia.

...de la representación de la Opera ha dejado
...alguno desear en cuanto á los detalles, la
...hasta haba en el Hotel continental merece
...los elogios. El producto de ella no era
...con destino entero para Viena, debía perte-
...necer á medias á nuestros últimos náufra-
...gos. Los vieneses no podrán llevar á mal
...que hayamos confundido en un mismo pen-
...samiento caritativo unas y otras desgracias,
...las víctimas del fuego y las víctimas del
...agua, esos dos elementos, fuego y agua,
...necesarios á nuestra existencia, pero que
...después de habernos dado la vida, nos dan
...la muerte.

...los vieneses no podrán llevar á mal
...que hayamos confundido en un mismo pen-
...samiento caritativo unas y otras desgracias,
...las víctimas del fuego y las víctimas del
...agua, esos dos elementos, fuego y agua,
...necesarios á nuestra existencia, pero que
...después de habernos dado la vida, nos dan
...la muerte.

La boda ficticia.

Si la representación de la Opera ha dejado
algo que desear en cuanto á los detalles, la
fiesta dada en el Hôtel continental merece
todos los elogios. El producto de ella no era
con destino entero para Viena; debía perte-
necer á medias á nuestros últimos náufra-
gos. Los vieneses no podrán llevar á mal
que hayamos confundido en un mismo pen-
samiento caritativo unas y otras desgracias,
las víctimas del fuego y las víctimas del
agua, esos dos elementos, fuego y agua,
necesarios á nuestra existencia, pero que
después de habernos dado la vida, nos dan
la muerte.

Sí, los dramas que pasan en el mar, en las costas, en pleno Océano, son tan terribles como los del incendio. Toda una flotilla de pescadores sale de uno de nuestros puertos. Compónese de un centenar de grandes embarcaciones, manejadas por 500 ó 600 hombres. Las mujeres y los muchachos los acompañan hasta el extremo del arrecife. Gritan, agitan los pañuelos, se envían ósculos, se sigue con los ojos la flotilla, hasta que el último barco ha desaparecido en el horizonte. Todo promete un magnífico viaje; una pesca soberbia. El sol en su ocaso, ilumina de púrpura el velamen y cordaje; el cielo se colora con tintas violadas; el viento sopla muellemente, los marineros charlan entre sí, cantan una de esas largas cantilenas lamentosas de efecto poderoso, saludan con sus vivas la bella noche que se prepara, y se duermen confiados, después de haber fijado su postrer pensamiento en su mujer, sus hijos y Dios. Poco á poco cierra la noche; la oscuridad se extiende. Oscuridad completa: por uno de esos descuidos tan comunes en los marineros, han olvidado encender las linternas y faroles. Y hé aquí que, á cinco

ó seis leguas de tierra, un gran navío, marchando á bordadas, se arroja á velas desplegadas sobre la flotilla, sin haberle visto venir ésta, sin haberla distinguido aquél. Zozobran, vuelcan, se rompen la mitad de las embarcaciones. Álzase un gran grito, grito de muerte... después, nada. Cien hombres, doscientos sucesivamente, son sumergidos en el abismo.

Hablábamos de una fiesta, y hé aquí que me entretengo en contar fúnebres historias. Y á la verdad, la fiesta fué alegre, muy lucida y acomodada, gracias á los numerosos salones puestos á disposición del público; de suerte, que á pesar de la multitud, más de 5.000 personas, se podía conversar, mirar y aislarse. Público algún tanto mezclado, principalmente la parte femenina. Algunas grandes elegantes, pero en escaso número; muchas mujeres honradas que habían querido asociarse á una buena obra, pero también de las del medio tono y de las cuarteronas mundanas en cantidad. Las damas directoras, entre las cuales se notaba á las señoras de Adam, Charpentier, Daudet, se sentían á veces algún tanto incómodas en

medio de todas aquellas incalificables. Como mujeres discretas, no decían palabra, y sin mirar demasiado, sin querer profundizar, sonreían á todas... para los pobres.

Entre los bailarines me enseñaron á uno, héroe de una broma que le habían dado la víspera, y de que todo el mundo hablaba. La broma no fué de un gusto exquisito; el lector la censurará cual yo mismo la censuré. Sin embargo, como cronista fiel, debo contarla.

Uno de nuestros jóvenes parisienses á quienes gusta divertirse, y todo les divierte, hasta las cosas más respetables, tuvo la idea de casarse de una manera ficticia, asunto para reír, sin pasar por la Iglesia ni Casa-ayuntamiento, pero sin descuidar ninguno de los pormenores inherentes á una boda.

Este último jueves, á las once del día, el landó tradicional, con su cochero ostentando su ramito de flores en el ojal y sus caballos adornados de rosas, se presentó en el domicilio de la novia, una de nuestras incalificables de más fama, la linda de B... En traje clásico, con velo y falda blanca de

cola, toda cubierta de azahar, baja de su casa escoltada por Delfina L. y Alicia H..., dos bonitas mujeres, muy á la moda, aptas para todo empleo, en el teatro como en la villa, excepto el de señoritas de honor. El novio, con sus testigos, llegó presto en otro landó, y los dos carruajes, después de haber hecho el simulacro de pararse á la puerta del Ayuntamiento, se dirigieron á la fonda de Gillet, en la Puerta-Maillot, donde se había encargado el almuerzo de boda.

A las dos, todos los circunstantes, conformándose á los usos antiguos de las bodas de la clase media, subieron á sus carruajes para dar el paseo consagrado por el bosque de Boloña. Echaron pie á tierra frente al gran lago, dos á dos, los novios primero, los testigos y señoritas de honor luégo; y la comitiva avanzó gravemente. Pronto fueron á unírseles todos los locos y locas que en aquel momento se paseaban en el bosque; formaron con ellos fila; y la comitiva se aumentó con doscientas ó trescientas personas. Con un gran banquete la comida de boda terminó el día. No se escatimó nada, ni el Champaña, ni los cánticos de circunstancia,

ni los brindis á la felicidad de los esposos. Después se bailó, se bailó mucho; y, siempre, con arreglo á la tradición, el recién casado se aprestó á acompañar á su esposa al domicilio conyugal... Mas no pudo encontrarla; se había fugado con uno de los testigos.

Nuestro día de Año nuevo se ha pasado bien. Brillaba el sol con un tiempo soberbio, inesperado en esta estación. Ha sido una verdadera fiesta para los mercaderes. Todos han vendido por sumas dobles ó triples de las del año último. Hasta los pobres se han enriquecido, y muchos de ellos, cegados por la fortuna, han mostrado su arrogancia. Á uno de esos, á un cantor de callejuela, le daba un amigo nuestro una moneda de diez céntimos. El tal músico le miró de alto á bajo, y desdeñando la moneda de cobre, dijo:

— ¿Cree usted acaso que con eso podría yo pagar á mi arquitecto?

Pero ¡ay! existen otras miserias menos altivas y mucho más tristes. Un periódico nos ha referido unas palabras pronunciadas ocho días antes en las fiestas de Navidad, por un infeliz pequeñuelo:

— ¿El Niño Jesús, no te ha regalado algo esta noche? — le preguntaba una chicuela.

— ¡No! — dijo él, con llanto en los ojos.

— Es que no has sabido manejarte. Debías haber puesto tus zapatos en el borde de la chimenea.

— No me ha sido posible — respondió el muchacho — yo no tengo zapatos.

El pobre pequeñuelo se ha consolado quizá el día de Año nuevo, porque en la mayor parte de los colegios y casas de educación, se recogen en París, como en Viena, sin duda, lo que se llama el aguinaldo de los pobres. Cada escolar debe llevar el 31 de Diciembre un saco de juguetes para distribuirlos á las infelices criaturas del barrio. Así, todo el mundo se encuentra con su porción de dones, y en la casa del pobre, como en la del rico, los niños al menos pueden sonreír alegremente.

.....